

LA ECONOMÍA DEL CUIDADO: DIVISIÓN SOCIAL Y SEXUAL DEL TRABAJO NO REMUNERADO EN BOGOTÁ*

Cómo citar este artículo:

Moreno-Salamanca, N. (2018). La economía del cuidado: división social y sexual del trabajo no remunerado en Bogotá. *Revista Latinoamericana de Estudios de Familia*, 10(1), 51-77.

NATALIA MORENO-SALAMANCA**

Recibido: 27 de octubre de 2017

Aprobado: 27 de marzo de 2018

RESUMEN: Objetivo. El presente artículo hace una crítica al análisis económico dominante ya que ignora la producción y el trabajo realizado dentro de los hogares y su importancia en el funcionamiento de las sociedades. Metodología. Se utilizó como insumo la Encuesta Nacional del Uso del Tiempo (2012-2013) y las categorías teóricas de la economía feminista. Resultados y conclusión. Entre los hallazgos más importantes, se destaca que son las mujeres las principales proveedoras del bienestar ante la desigual distribución del trabajo no remunerado en los hogares y la deficitaria provisión de bienes y servicios del cuidado por parte del Estado y el sector privado. A su vez, el enfoque interseccional permitió revelar que son las adultas de menores ingresos y niveles educativos las que asumen la mayor carga. Los resultados evidencian la división sexual y social del trabajo doméstico y de cuidado no remunerado en los hogares bogotanos.

PALABRAS CLAVE: división sexual del trabajo, economía del cuidado, trabajo no remunerado, cuidado, encuesta de uso del tiempo, economía feminista.

* Este artículo de reflexión derivado de investigación presenta los resultados más relevantes de la tesis de la maestría en Estudios de Género de la Universidad Nacional de Colombia titulada *La economía invisible: división social y sexual del trabajo doméstico y de cuidado no remunerado y uso del tiempo de las mujeres en Bogotá* (<http://www.bdigital.unal.edu.co/56671/>).

** Magíster en Estudios de Género. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá, Colombia.

E-mail: nataliamorenosalamanca@gmail.com.  orcid.org/0000-0001-7858-848X.  Google Scholar

THE CARE ECONOMY: SOCIAL AND GENDER DIVISION OF UNPAID WORK IN BOGOTA

ABSTRACT: Objective. This article criticizes the dominant economic analysis as it ignores the production and work done within households and its importance for the functioning of societies. Methodology. The National Survey on the Use of Time (2012-2013) and the theoretical categories of feminist economics were used as input. Results and conclusion. Among the most important findings, it is highlighted that women are the main providers of welfare in the presence of the unequal distribution of unpaid work in households and the deficient provision of goods and care services by the State and the private sector. At the same time, the intersectional approach revealed that lower income and low educational level adult females assume the greatest burden. The results show the gender and social division of domestic work and unpaid care in households in Bogota.

KEY WORDS: gender division of labor, care economics, unpaid work, care, time use survey, feminist economics.

INTRODUCCIÓN

La producción realizada en los hogares, y principalmente por las mujeres dentro de estos a través del trabajo no remunerado, se ha convertido en una fuente primordial de bienestar para la población ante un Estado deficitario en la provisión de bienes y servicios del cuidado. Esta situación no solo afecta a la ciudadanía en general, que ve limitado su derecho universal a ser cuidada, sino particularmente a las mujeres, quienes realizan diariamente una transferencia gratuita a la sociedad que les demanda trabajo, tiempo y energía, lo que representa altos costos de oportunidad en otros campos sociales y condiciona su desempeño en el mercado laboral.

La magnitud de la economía del cuidado no valorada económicamente es evidente. El valor de la producción de los bienes y servicios de la economía del cuidado en el país, por parte de los hogares, es equivalente a una quinta parte del producto interno bruto (DANE, 2013) y las horas que se destinan a dicha producción son

semejantes a las utilizadas en la producción mercantil (DANE, 2015). Esto evidencia que los hogares son unidades de producción y no solo de consumo, como lo ha estipulado la teoría ortodoxa en economía.

La economía feminista, como otras disciplinas, revaluó los conceptos clásicos de producción y trabajo para visibilizar el trabajo no remunerado y su papel fundamental en el bienestar cotidiano de las personas. La reproducción de las sociedades modernas se basa en el trabajo gratuito de las mujeres, trabajo al que no se le reconoce su valor económico por estar fuera del intercambio (mercado).

Aplicar métodos cuantitativos a la economía del cuidado ha sido fundamental para incorporarla en la agenda pública. Para este fin, la aprobación de la Ley 1413 de 2010¹ fue determinante, pues la Encuesta Nacional de Uso del Tiempo (ENUT) permitió poner en la escena política la magnitud del trabajo no remunerado producido en los hogares y su valor económico desde una perspectiva de género. Quedaron al descubierto las 'donaciones' históricas de tiempo de las mujeres a la sociedad y los costos asociados a esta producción, así como las implicaciones del uso del tiempo en su participación dentro del mercado laboral, y el tiempo dedicado a los cuidados de niños y niñas, personas enfermas o ancianas, entre otras.

La manera como las sociedades organizan la provisión de bienestar para sus ciudadanos y ciudadanas se denomina organización social del cuidado. Existen al menos tres actores sociales determinantes:

Estado, empresas y familias (en particular, las mujeres), son los tres pilares responsables de proveer bienestar a la sociedad; cuando uno de estos agentes no asume su responsabilidad, entran los otros a sustituirlo, ya que las actividades que dan bienestar a la población son actividades fundamentales para el sostenimiento de la vida humana. (ONU Mujeres, 2012, p. 354)

Según como se distribuyan las responsabilidades sociales cada uno de estos actores, incluyendo el papel de las comunidades y de las organizaciones de la sociedad civil, se define el régimen de bienestar de una sociedad. Esta distribución se representa mediante el *diamante del bienestar*, propuesto por Evens, Pilj y Ungerson en 1994:

¹ La Ley 1413 de 2010, por medio de la cual se regula la inclusión de la economía del cuidado en el sistema de cuentas nacionales con el objeto de medir la contribución de la mujer al desarrollo económico y social del país y como herramienta fundamental para la definición e implementación de políticas públicas, reglamentó la aplicación de la ENUT por parte del DANE, instrumento indispensable para medir el valor económico de la producción realizada a través de trabajo doméstico y de cuidado no remunerado por parte de los hogares y las comunidades.



Figura1. El diamante de bienestar. Fuente: Evens, Pilj y Ungerson (como se citó en Salvador, 2007, p. 8).

Como se observa en la Figura 1, cada uno de los actores contribuye a la provisión del bienestar de diversas maneras: el Estado, a través de los servicios públicos estatales, el mercado, mediante los servicios privados, las familias y la comunidad con el trabajo no remunerado y, de manera residual, las instituciones sin fines de lucro. El Estado, además de proveer bienestar, tiene como función regular el sistema y, por ende, determina de manera directa o indirecta las cargas de trabajo de *cuidado* que asume cada sector.

Un estudio adelantado por Juliana Martínez Franzoni clasifica a los países latinoamericanos según sus diferentes regímenes de bienestar (como se citó en ONU Mujeres, 2012). En él se concluye que Colombia hace parte del grupo de países cuyo régimen es denominado por la autora como *familiarista*, pues, “la mayoría de la población depende sólo de arreglos familiares [y] el Estado no tiene presencia importante” (ONU Mujeres, 2012, p. 367), lo que muestra que el país no ha logrado “alcanzar niveles que evidencien que el Estado intervenga de manera considerable en los proceso de cuidado y búsqueda del bienestar de la población” (ONU Mujeres, 2012, p. 368), debido en parte a las restricciones fiscales.

Según Arenas (2016), las políticas públicas poblacionales consagradas en la legislación asociada al cuidado que buscan brindar bienestar a los adultos-as mayores, a las personas en condición de discapacidad y a la primera infancia, entre otros, tienen un sesgo familista ya que asumen explícitamente la responsabilidad de las familias en la provisión de cuidados como un asunto fundamental. Así, aunque en el país existe normatividad para la atención a la infancia y a las personas mayores,

enfermas o en situación de discapacidad, “la responsabilidad pública se considera bastante deficiente para atender a la magnitud de las necesidades existentes” (Arenas, 2016, p. 20). Si además, como ocurre en los países latinoamericanos, “las empresas cuentan con muy escasa, cuando no nula responsabilidad en la reproducción social y el Estado tampoco ha asumido la responsabilidad de normar y regular el comportamiento de las empresas en este campo” (ONU Mujeres, 2012, p. 368), la parte del bienestar que asumen los hogares termina siendo mayoritaria y esencial para la reproducción humana.

El esfuerzo que hacen los hogares por proveer a la sociedad de bienes y servicios de cuidado se evidencia en los resultados de la ENUT, hecha por el DANE entre los años 2012 y 2013. La encuesta reportó que las personas de 10 años y más dedican 35 mil millones de horas al año a actividades de trabajo no remunerado realizadas dentro del hogar. De ellas, las mujeres aportan 27 mil 700 millones de horas, el 79%. Este tiempo equivale al 71% del dedicado a actividades de trabajo remunerado y, en términos económicos, a cerca del 20% del PIB colombiano. La cifra da cuenta de la gran magnitud del tiempo que se destina día a día de manera gratuita a la producción de bienes y servicios que brindan bienestar a la sociedad, un costo enorme en términos de energía, tiempo y oportunidades para quienes lo realizan.

Si se analiza el nivel de gasto público social de los Estados respecto al PIB y su relación con el tiempo de trabajo no remunerado de las mujeres, se evidencia que cuanto mayor sea la inversión estatal en los servicios públicos y sociales, más aumenta la probabilidad de que las mujeres dediquen menos tiempo al trabajo doméstico y de cuidados. En la Tabla 1 se compara el caso colombiano con el de algunos países de la región en los que los Estados registran un gasto social importante.

Tabla 1. Gasto público social como porcentaje del PIB y tiempo de las mujeres en trabajo no remunerado.

País	% PIB GPS*	TNR (horas promedio día)**
Brasil	26,8	3,1
Uruguay	24,1	4,9
Costa Rica	23,1	6
Colombia	13,1	8,7

Fuente: Elaboración propia con base en ONU Mujeres (2012).

*La información de Brasil, Costa Rica y Colombia corresponde al 2012. La de Uruguay corresponde al 2011.

**La información de Costa Rica corresponde a 2004; la de Brasil a 2005; la de Uruguay 2007; y la de Colombia, 2008.

Aunque la comparación se dificulta por variar el periodo de recolección de la información y por las diferencias metodológicas del cálculo del tiempo del trabajo no remunerado, se observa que Colombia es uno de los países con menor gasto social y, además, las mujeres dedican más tiempo al trabajo no remunerado, lejos del caso de Brasil, Uruguay y Costa Rica.

La ausencia o escasez de gasto público “destinado a políticas públicas de protección social provoca que una cantidad muy grande de responsabilidades del Estado y del mercado se traslade al ámbito doméstico” (ONU Mujeres, 2012, p. 354). La deficiencia estatal en la provisión del bienestar se traduce en “menos guarderías, escuelas y hospitales públicos, comedores comunitarios, etc., lo que implica que hay un déficit de bienestar que está siendo suplido por las mujeres” (Moreno, 2015, p. 24).

Dada esta realidad, el propósito de este artículo es visibilizar la producción de trabajo doméstico y de cuidado no remunerado (en adelante TDCNR) realizada en los hogares en Bogotá, evidenciando que son las mujeres quienes más participan en dicho trabajo y quienes lo desempeñan con mayor intensidad. Los resultados muestran que el análisis interseccional es fundamental para establecer sobre quiénes recae principalmente el trabajo doméstico y de cuidado no remunerado. Múltiples variables socioeconómicas y sociodemográficas influyen en la división sexual y social de dicho trabajo y en la forma como se realiza.

MARCO TEÓRICO

La economía feminista abre reflexiones por lo menos en torno a tres aspectos: “Los límites de lo que es economía, el papel del género en ella, y el compromiso de la teoría con la transformación de las situaciones de desigualdad” (ONU Mujeres, 2012, p. 13). Ampliar la economía y visibilizar esferas que permanecían ocultas significa ampliar las nociones de producción y trabajo para no reducirlas específicamente a lo relacionado con los flujos monetarios, es decir, desplazar el eje analítico de la disciplina que ya no será exclusivamente el mercado sino la sostenibilidad de la vida. En este marco, se analizan las condiciones de desigualdad entre hombres y mujeres dentro de la economía, desnaturalizando la idea de que las políticas económicas son neutrales al género. Con base en esto, la economía feminista se propone entender el mundo para transformarlo: “Tiene una pretensión de subversión del orden actual, de un sistema económico cuyos resultados en términos de sostenibilidad de la vida y de igualdad entre mujeres y hombres son, por decirlo con suavidad, manifiestamente mejorables” (ONU Mujeres, 2012, p. 14).

A través de la experiencia de las mujeres, las economistas feministas han demostrado el papel central que desempeñan las actividades domésticas y de cuidados dentro de la reproducción social y el bienestar cotidiano de las personas, situando así

este tipo de trabajo como una actividad imprescindible del sistema económico actual, pese a que la ortodoxia lo ha invisibilizado a lo largo de la historia. La importancia de la economía feminista radica en haber expuesto las raíces económicas de la desigualdad de género. Pero no solo eso, también su articulación con la producción de mercado, la división sexual del trabajo presentada dentro y fuera de los hogares y la consecuente doble jornada para las mujeres. Haberlo desconocido a lo largo de la historia da muestra de la naturalización de los roles de género que ha tenido la producción de conocimiento en la disciplina económica.

Ante el intento de la economía ortodoxa de devaluar y subvalorar “las actividades de producción de bienes y servicios adelantadas mayoritariamente por las mujeres por fuera del mercado y de la economía monetaria” (Arango y Molinier, 2011, p. 18), se ha construido un nuevo enfoque que ha sido capaz de visibilizar esa economía paralela “sobre la cual se apoya la economía formal para asegurar las condiciones de reproducción de la mano de obra y de las nuevas generaciones” (Arango y Molinier, 2011, p. 18). Para esto, la economía feminista ha utilizado el término *economía del cuidado*, haciendo referencia a la producción de bienes y servicios del cuidado, donde se encuentran todas “las actividades y prácticas necesarias para la supervivencia cotidiana de las personas en la sociedad en que viven. (...Todas aquellas que...) permiten atender las necesidades de las personas” (Rodríguez, 2015, p. 36).

La economía del cuidado va más allá de poner en escena el trabajo doméstico y de cuidado realizado en el hogar por las mujeres; ante todo intenta explicar “la manera en que las sociedades resuelven la reproducción cotidiana de las personas” (Rodríguez, 2015, p. 31), es decir, la manera en la que se proveen, distribuyen, intercambian y consumen los bienes y servicios de cuidado, dentro o fuera de los hogares. O, en otras palabras, busca “entender cómo se produce, distribuye y redistribuye el bienestar” (ONU Mujeres, 2012, p. 156).

Así, hace visibles a quienes proveen los servicios de cuidado, a quienes tienen acceso a los mismos y las desigualdades que ello trae; indaga por la repartición de los servicios de cuidado entre los diferentes sectores que componen la sociedad —familias, Estado, mercado y sociedad civil— y estudia la forma como se transfieren dentro del espectro social, con remuneración o no. En síntesis, permite analizar las desigualdades que existen alrededor de la producción de los bienes y servicios de cuidado, dentro de los hogares y las comunidades a través del trabajo no remunerado, y al interior del mercado, visibilizando cómo los sectores económicos relacionados con la economía del cuidado sufren fuertes inequidades.

La Figura 2 ejemplifica lo que puso en evidencia la economía feminista. Allí se observa el universo económico:

En el sector formal se encuentran las actividades más visibles: las que están registradas en las estadísticas oficiales, tienen un pago por ley y unos derechos laborales. Lo que queda excluido son las actividades

informales, que se intercambian en el mercado pero no están documentadas por estadísticas oficiales, y la economía de subsistencia (producción de auto consumo). Lo que no está en el mercado pero soporta toda esta estructura, es el trabajo de reproducción (trabajo doméstico y de cuidado no remunerado realizado en el interior de los hogares). (Moreno, 2015, p. 9)

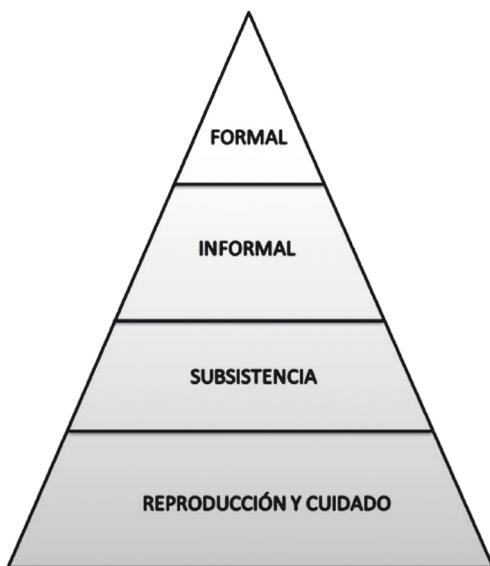


Figura 2. Iceberg de la economía. Fuente: Kabeer, 2006, p. 56.

La economía dominante ha ignorado que “todas estas actividades descansan sobre el trabajo no remunerado de reproducción y cuidados en el hogar, que es lo que asegura la producción y productividad de la fuerza laboral que mantiene funcionando la economía” (Kabeer, 2006, p. 56). Y por ende “se define falsamente como ‘autónoma’ sin aceptar ni reconocer que descansa y se apoya en otros sectores o actividades que caen fuera de la órbita mercantil” (Carrasco, 2005, p. 40).

En respuesta, la crítica feminista propone reconceptualizar la categoría trabajo: “Como todas las categorías de las ciencias sociales, tienen un carácter histórico, su significado ha sido construido y transformado a lo largo del tiempo, ligado a las relaciones de lucha y poder entre distintos grupos sociales” (Arango y Molinier, 2011, p. 91). La forma tradicional de esta categoría (trabajo igual a empleo) ha “recibido críticas desde diversos horizontes, al revelar su incapacidad para dar cuenta de las experiencias de numerosas personas, mujeres y hombres, en distintas latitudes” (Arango y Molinier, 2011, p. 91), experiencias que, precisamente, la propuesta feminista pone en escena.

En este proceso de reconceptualización para poder medir y visibilizar las actividades no contempladas en la esfera de mercado, fue muy importante el aporte de Margaret Reid, quien desarrolló en 1934 el “criterio de la tercera parte”. La autora parte del supuesto de que una actividad es productiva si se puede delegar en un tercero y el resultado no varía, de manera que, como lo explica Legarreta (2011),

Se califican como productivas todas aquellas prácticas que por su naturaleza pueden ser delegadas en un/a trabajador/a remunerado/a. Según este criterio, quedan por fuera de la definición las actividades que cubren tanto las necesidades fisiológicas básicas (comer, dormir, etc.), como las actividades de ocio (hacer deporte, ver televisión, leer, etc.). (p. 114)

Una vez reconocido que todos los trabajos que se realizan por fuera del mercado son productivos, la categorización de dicho tipo de trabajo ha evolucionado dentro del movimiento feminista y dentro de la academia, suscitando debates permanentes. Así, ha pasado por diversos adjetivos tales como trabajo *reproductivo*, trabajo *doméstico*, trabajo de *cuidado*, y, recientemente, trabajo *no remunerado*, categoría que más allá de enfatizar en el lugar de producción del trabajo o en el tipo de actividades, pone el énfasis en la manera en la que se realiza —no remunerado— resaltando lo que no es como otra característica de este trabajo. Es común hoy en la literatura académica utilizar la categoría de *trabajo doméstico y de cuidado no remunerado*, la cual se refiere “al cuidado de las personas y al trabajo doméstico llevado a cabo en los hogares sin remuneración” (Esquivel, 2013, p. 5).

Ahora, las actividades que componen el trabajo doméstico y de cuidado no remunerado no son homogéneas. Algunas autoras lo clasifican de acuerdo con la proximidad y el vínculo emocional que tenga o no con otros cuerpos al momento de su realización, de manera que han propuesto categorías como:

Trabajo de cuidado habitacional, cuando implica una mayor cercanía con el espacio habitacional que con el cuerpo de las personas y la vida. Estos trabajos incluyen la limpieza, arreglo y mantenimiento de espacios en lo público y lo privado, y la transformación de productos en otros ‘para la subsistencia’. Trabajo de cuidado de proximidad, cuando implica cercanía física y atención directa a otras personas, trabajos que involucran la interacción entre el cuerpo de la persona cuidada y de quien cuida. (García y Salamanca, 2012, p. 28)

Esto es lo mismo que, en otras palabras, Esquivel denomina como cuidado indirecto y cuidado directo, respetivamente. Pero no solo la presencia o ausencia de alguna relación interpersonal define los diversos aspectos de este trabajo. La dimensión moral es fundamental para entender que la división del trabajo no se

da únicamente en términos sociales y técnicos. Existen algunas tareas consideradas más ‘nobles’ o de mayor prestigio social y otras más ‘sucias’. Siguiendo a Molinier (2011), el trabajo ‘sucio’ sería:

[La] parte considerada más ingrata de los cuidados, o sea los cuidados corporales de higiene y bienestar. [...] Designa las tareas que se perciben como físicamente desagradables, que simbolizan lo degradante y humillante o que confrontan las dimensiones tabúes de la experiencia humana, lo impuro, lo infecto, la desviación. Entran aquí los oficios de quienes recogen o tratan los desechos y la basura, las ocupaciones de limpieza, las que implican una relación con el cuerpo, con sus excreciones, o con los cadáveres, y también las que suponen un cierto grado de “maltrato” o de violencia institucionalizada. (p. 52)

La división moral del trabajo permite volver a visibilizar la parte menos ‘noble’ del trabajo doméstico y de cuidado. “No es suficiente lo noble del trabajo del cuidado, es decir su dimensión relacional vinculada con la creación de identidad. El trabajo sucio es también parte importante del trabajo de cuidado” (Molinier, 2011, p. 52), y apunta precisamente a su dimensión material.

Por todo lo anterior, resulta importante analizar las múltiples dimensiones de este trabajo (material, emocional, moral), la forma en que se realiza (directa o indirecta), el prestigio social que alcanzan sus diversas actividades (trabajos ‘nobles’ - trabajos ‘sucios’) y su valoración económica. Operacionalizar muchas de las categorías propuestas por la economía feminista y por autoras que desde otras disciplinas contribuyen a conceptualizar categorías alternativas que ponen en escena el trabajo de las mujeres, así como analizar la forma en la que se realiza y quiénes son los y las que asumen los aspectos más ‘nobles’ y ‘sucios’ de dicho trabajo, es parte de lo presentado en este artículo.

METODOLOGÍA

La metodología utilizada se basa en el uso de métodos cuantitativos aplicados al procesamiento de la base de datos de la ENUT, elaborada por el DANE, cuyo diseño muestral permite obtener resultados de estadística descriptiva expansibles a toda la población de Bogotá.

Esta encuesta se aplicó una única vez en Colombia entre agosto de 2012 y julio de 2013, y genera información sobre la distribución e intensidad del tiempo dedicado a actividades de trabajo remunerado (incluidos en la frontera de

producción del SCN²), no remunerado (no hacen parte de la frontera de producción del SCN) y personales (no son trabajo) por parte de hombres y mujeres mayores de 10 años en Colombia. Su método de recolección es la entrevista personal, que recoge información sobre viviendas, hogares y personas por medio de un informante directo, o idóneo en el caso de personas menores de 10 años, en cuyo caso el informante es el padre o madre o la persona mayor de 18 encargada de su cuidado. Tiene cobertura nacional y permite desagregaciones regionales, incluyendo a Bogotá, sin su zona rural.

Así, permite obtener información sobre el trabajo doméstico y de cuidado no remunerado realizado dentro de los hogares en dos aspectos principalmente: la participación de hombres y mujeres en las diversas actividades que lo componen y el volumen de horas que le dedican, es decir, la intensidad, ambos fundamentales para aproximarse a la división sexual del trabajo doméstico y de cuidados. Además, permite conocer a cargo de quiénes está la producción del trabajo doméstico y de cuidado no remunerado, pues además del sexo de quienes lo realizan, se indagó por otros aspectos como la edad, el nivel de ingresos, la ocupación, el nivel educativo, la presencia de enfermedad o condición de discapacidad y el estado civil, entre otros.

La población sobre la que se levantaron los resultados aquí expuestos fueron las personas de 10 años y más, un total de 23.289 a nivel muestral, ya que el capítulo que indaga por el uso del tiempo de la ENUT aplica solo para este grupo poblacional. Una vez establecida la población sobre la que se trabajó, se determinó el criterio de representatividad estadística utilizado en el procesamiento de los datos. Para determinar el tamaño mínimo de la muestra que permitió inferir resultados confiables, se utilizó la fórmula del tamaño de la muestra (Wayne, 2002:

$$n = \frac{Nz^2\sigma^2}{d^2(N - 1) + z^2\sigma^2}$$

Donde:

n: tamaño de la muestra (desconocido)

N: población = 23.289 personas

z: factor de distribución normal = 1,96 (nivel de confianza del 95%)

σ : probabilidad de ocurrencia de que realicen TDCNR (desconocida, se asume del 50%)

d: error = 3%

² El Sistema de Cuentas Nacionales es una herramienta que describe el marco estadístico de las cuentas macroeconómicas del país para su análisis y para la formulación de políticas.

El resultado de esta operación estableció que el tamaño de la muestra era 1.020 observaciones, lo que garantiza un nivel de confianza del 95% y un margen de error del 3%.

Para obtener los resultados se utilizaron las categorías teóricas propuestas por diversas feministas, como trabajo doméstico y de cuidado, directo e indirecto, “noble” o “sucio”. Se seleccionaron las preguntas de la ENUT que se acogieran a la definición de cada categoría. Una vez definidas, fueron el medio fundamental para medir el tiempo de trabajo de las mujeres y poder evidenciar la división social y sexual del trabajo no remunerado en Bogotá.

La Tabla 2 muestra los solapamientos entre los tipos de trabajos realizados en el hogar. Cada pregunta de la ENUT se clasificó entre TD/TI y TN/TS. El TDCNR recoge todas las preguntas, aunque el número de personas que realizaron TDCNR no es igual a la suma del número de personas que realizaron trabajo directo e indirecto (TD/TI) o trabajo “noble” o “sucio” (TN/TS), pues para hacer parte de esta categoría basta con haber realizado algún tipo de trabajo de éstos y no todos al tiempo. La pregunta que indaga sobre cuidar mascotas (alimentar, bañar, pasear, llevar a la veterinaria, etc.), cuidar el jardín o limpiar algún vehículo no se pudo clasificar entre TN/TS por las múltiples actividades que involucra y que pueden contemplar ambos tipos de trabajo.

Tabla 2. Clasificación variables encuesta nacional de uso del tiempo según tipo de trabajo no remunerado realizado.

Pregunta	TDCNR	TD	TI	TN	TS
Preparar y servir alimentos para las personas de este hogar	●		●		●
Levantar los platos, lavar la loza en este hogar	●		●		●
Lavar, planchar o guardar ropa para las personas de este hogar	●		●		●
Reparar ropa, manteles, cobijas, calzado, maletas, etc.	●		●		●
Llevar o recoger ropa o calzado de las personas de este hogar, a la lavandería, zapatería o remontadora	●		●	●	
Limpiar esta vivienda (barrer, trapear, tender las camas, sacudir el polvo, sacar la basura, etc.)	●		●		●
“Cuidar mascotas (alimentar, bañar, pasear, llevar a la veterinaria, etc.), cuidar el jardín o limpiar algún vehículo”	●	●			
Reparar, hacer instalaciones o mantenimiento a esta vivienda	●		●		●
Llevar a reparar electrodomésticos, muebles o vehículos de este hogar	●		●	●	

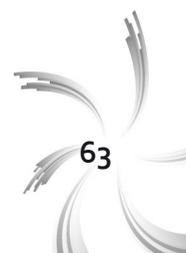
Comprar artículos personales o para este hogar (alimentos, elementos de aseo, útiles escolares, ropa, calzado, muebles, etc.)	●	●	●
Comprar o reclamar medicamentos para usted o algún miembro de este hogar	●	●	●
Dirigir o supervisar las actividades de este hogar tales como: preparación de alimentos, limpieza, construcción, ampliación o reparación de esta vivienda	●	●	●
Pagar facturas, hacer trámites, poner o recoger encomiendas	●	●	●
Traslados para efectuar alguna de las anteriores compras o pagos	●	●	●
Estar pendiente	●	●	●
Jugar	●	●	●
Contar o leer cuentos	●	●	●
Llevar al parque	●	●	●
Alimentar o ayudar a hacerlo	●	●	●
Bañar, vestir o ayudar a hacerlo	●	●	●
Suministrar medicamentos, realizar terapias, rehabilitaciones o dar tratamiento a enfermedades a alguna persona del hogar	●	●	●
Ayudar a hacer tareas o trabajos escolares a alguna persona del hogar	●	●	
Acompañar a citas médicas, odontológicas, urgencias, terapias, exámenes u otras en salud a alguna persona del hogar	●	●	
Llevar o traer a alguna persona de este hogar de 12 años o menos al sitio de estudio	●	●	
Llevar o traer a algún miembro de este hogar mayor de 12 años al sitio de estudio o trabajo	●	●	

Fuente: elaboración propia.

Los indicadores sobre los que se expresan los resultados de este artículo son:

- *Contribución diferencial en la actividad (%)*: es la relación entre el total de hombres/mujeres de 10 años y más que realizaron TDCNR el día de referencia y el total de personas de 10 años y más que realizaron TDCNR. Permite describir el aporte de hombres y mujeres a determinadas actividades. Ejemplo:

$$\text{Contribución diferencial (\%)} = \frac{\text{Total mujeres que realizaron TDCNR}}{\text{Total personas que realizaron TDCNR}} \cdot 100$$



- *Tasa de participación de hombres/mujeres en el TDCNR (%)*: es la relación entre el total de hombres/mujeres que realizaron TDCNR el día de referencia y el total de hombres y mujeres de 10 años y más (grupo de referencia). Esto permitió ver qué porcentaje de personas del grupo que potencialmente puede realizar actividades de TDCNR lo hace realmente.

Ejemplo:

$$\text{Tasa de participación (\%)} = \frac{\text{Total mujeres que realizaron TDCNR}}{\text{Total mujeres de 10 años y más}} \cdot 100$$

- *Tiempo promedio por participante (horas y minutos)*: relación entre el total de tiempo reportado en TDNCR y el total de personas de 10 años y más que realizaron TDCNR en el día de referencia. Esta relación permite obtener un tiempo promedio.

Ejemplo:

$$\text{Tiempo promedio por participante} = \frac{\text{Tiempo total de TDCNR reportado mujeres}}{\text{Total mujeres que realizaron TDCNR}}$$

Explorar la forma en la que participan los distintos grupos de la población en las actividades realizadas dentro del hogar y la intensidad con la que las realizan es una herramienta clave para desnudar desigualdades ocultas. Más allá de la participación en el trabajo no remunerado, la intensidad en el uso del tiempo revela fuertes asimetrías en la organización del tiempo de hombres y mujeres. Los estudios del uso del tiempo han sido esenciales para entender las desigualdades sociales inherentes a la organización del trabajo en las sociedades.

RESULTADOS

División sexual del trabajo doméstico y de cuidado no remunerado

Los resultados permiten observar que en todos los tipos de trabajo realizados en los hogares bogotanos (trabajo directo, trabajo indirecto, trabajo ‘noble’ y trabajo ‘sucio’), las mujeres participan más y con mayor duración que los hombres (ver Figura 3).

Sin embargo, las brechas en participación y tiempos con respecto a los hombres varían:

- **Participación**: la mayor brecha entre hombres y mujeres se presenta en el trabajo ‘sucio’ (26 puntos porcentuales), seguido del trabajo indirecto (24 puntos porcentuales), el trabajo directo (22 puntos porcentuales), y por último, el trabajo ‘noble’ (16 puntos porcentuales).
- **Tiempo**: la mayor brecha en términos de duración entre hombres y mujeres se presenta en el trabajo ‘sucio’ (las mujeres dos horas más que los hombres),

seguido del trabajo indirecto (las mujeres una hora y 48 minutos más que los hombres), el trabajo directo (las mujeres 36 minutos más que los hombres) y por último, el trabajo ‘noble’ (las mujeres 12 minutos más que los hombres).

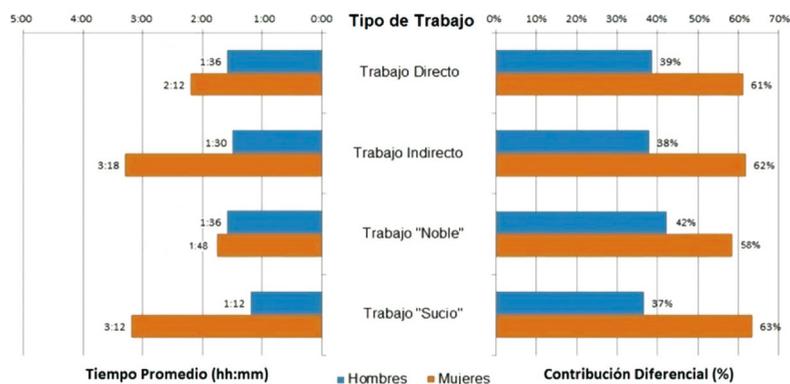


Figura 3. Población que realiza trabajo no remunerado según sexo, contribución diferencial y tiempo promedio por participante diario. Fuente: elaboración propia con base en DANE (ENUT 2012-2013).

La ENUT indaga sobre 91 actividades realizadas en los hogares y las agrupa en al menos cinco grupos funcionales: alimentación, limpieza y mantenimiento del hogar, compras y administración del hogar y actividades de cuidado y apoyo. Una vez analizados los tipos de trabajo realizado dentro de los hogares, la Figura 4 muestra la división sexual del trabajo doméstico y de cuidado no remunerado según estos tipos de actividades.

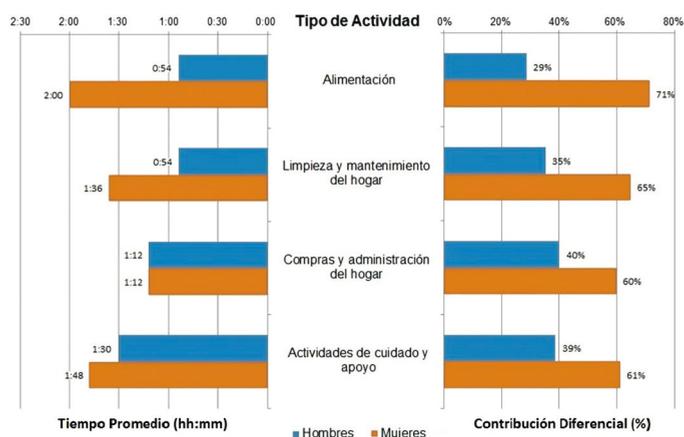


Figura 4. Población que realiza el trabajo no remunerado por tipo de actividad según sexo, contribución diferencial y tiempo promedio por participante diario. Fuente: elaboración propia con base en DANE (ENUT 2012-2013).

Nuevamente es evidente que en todos los tipos de actividad las mujeres participan más que los hombres dedicando mayor tiempo promedio diario. Sin embargo, según los tipos de oficios la brecha se acentúa o se reduce:

- Participación: la mayor brecha entre hombres y mujeres se presenta en las actividades relacionadas con la alimentación (42 puntos porcentuales), seguido de las actividades relacionadas con la limpieza y el mantenimiento del hogar (30 puntos porcentuales), las actividades relacionadas con el cuidado y apoyo de personas del hogar (22 puntos porcentuales) y, por último, las actividades relacionadas con las compras y administración del hogar (20 puntos porcentuales).
- Tiempo: la mayor brecha en términos de intensidad entre hombres y mujeres se presenta en las actividades relacionadas con la alimentación (las mujeres trabajan una hora y seis minutos más que los hombres al día), seguido de las actividades relacionadas con la limpieza y el mantenimiento del hogar (las mujeres 42 minutos más que los hombres), actividades relacionadas con el cuidado y apoyo a personas del hogar (las mujeres 18 minutos más que los hombres) y, por último, las actividades relacionadas con las compras y administración del hogar, en las que tanto hombres como mujeres dedican en promedio una hora y 12 minutos al día.

Los resultados reflejan algunas tendencias o cierto grado de especialización de los trabajos del hogar por sexo, donde las brechas resultan ser menores. Se encontró que los principios de segregación vertical y horizontal utilizados para el análisis del mercado laboral se extienden a la organización de los trabajos presentes en los hogares: la segregación horizontal se evidenció en el trabajo directo e indirecto, donde la brecha en términos de participación y tiempo entre los sexos es menor en el primero y mayor en el segundo. Y la segregación vertical se observó en el caso del trabajo 'noble' y 'sucio', donde los hombres participan más en el primero, el más valorado socialmente, y poco en el segundo, el menos valorado socialmente.

Existe una especie de división del trabajo dentro de la tradicional división sexual del trabajo (hombres/mercado–mujeres/familia), caracterizada por una segmentación horizontal y vertical de las tareas realizadas por cada sexo dentro del hogar, como consecuencia de una reconfiguración de la división sexual del trabajo en la sociedad, que aunque ha trasgredido las esferas público-privadas, mantiene una posición desigual para las mujeres. Los hombres participan de manera limitada y selectiva en las actividades del hogar, lo que indica que, ante la ausencia de remuneración, existen otras razones que explican la especialización de los trabajos, siendo determinante el prestigio social de las actividades y su relación con las definiciones jerárquicas de masculinidad y feminidad.

El total de horas trabajadas por todos los hombres y mujeres en el día de referencia para cada uno de los tipos de trabajo mostró además que las actividades que requieren mayor demanda de tiempo son las que corresponden al trabajo indirecto y ‘sucio’, donde la participación de las mujeres superó ampliamente a la de los hombres (Tabla 3).

Tabla 3. Total de horas de hombres y mujeres destinadas al trabajo no remunerado en el día de referencia.

	Total horas día
TDCNR	16.053.287 ³
Trabajo Indirecto	11.686.666
Trabajo ‘Sucio’	10.733.206
Trabajo ‘Noble’	4.893.681
Trabajo Directo	4.366.621

Fuente: elaboración propia con base en DANE (ENUT 2012-2013).

La parte menos prestigiosa y a la vez más exigente de los cuidados del hogar está desproporcionadamente recargada sobre las mujeres, mientras que las actividades que gozan de mayor reconocimiento incluidas en el TD y TN, las relacionadas con el manejo del dinero, por ejemplo, y que generalmente se realizan fuera del hogar, son las que tienen una participación mayor y más intensa por parte de los hombres.

Ahora bien, cuando se analizó el tiempo dedicado al trabajo no remunerado en conjunto con el dedicado al trabajo remunerado (TM), se observó la existencia de una doble jornada más extensa para las mujeres (Figura 5).

Las mujeres realizan en promedio cerca de una hora más de trabajo al día que los hombres —10 horas *vs.* 9 horas—, es decir, siete horas más de trabajo a la semana, casi una jornada laboral diaria adicional por semana. La distribución del tiempo entre TDCNR y TM muestra que las mujeres realizaron en promedio una hora y 43 minutos al día más de trabajo doméstico y de cuidado no remunerado y 46 minutos al día menos de trabajo de mercado respecto a los hombres.

En suma, la sobrecarga de trabajo que sufren las mujeres respecto a los hombres se debe principalmente al TDCNR. Las mujeres trabajan más horas que los hombres, pero sobre todo en actividades para la producción de auto consumo no remuneradas. Aunque las mujeres han alcanzado una importante participación en el mercado laboral, esto ha traído la presencia de una doble jornada al no haber una reducción o

³ Las horas dedicadas al TDCNR coincide con la sumatoria de las horas dedicadas al trabajo indirecto y al trabajo directo. Sin embargo, no sucede así con la sumatoria de horas dedicadas al trabajo noble y al trabajo sucio ya que la pregunta que indaga sobre “cuidar mascotas (alimentar, bañar, pasear, llevar a la veterinaria, etc.), cuidar el jardín o limpiar algún vehículo” no se pudo clasificar entre TN/TS (426.400 horas).

redistribución del TDCNR, consolidando así una sobreexplotación dentro y fuera del hogar: dentro del hogar, las mujeres asumen la mayoría del trabajo y afuera se enfrentan a brechas salariales, segmentación de los trabajos hacia actividades menos valoradas económicamente, y mayor participación en los trabajos informales, entre otras.

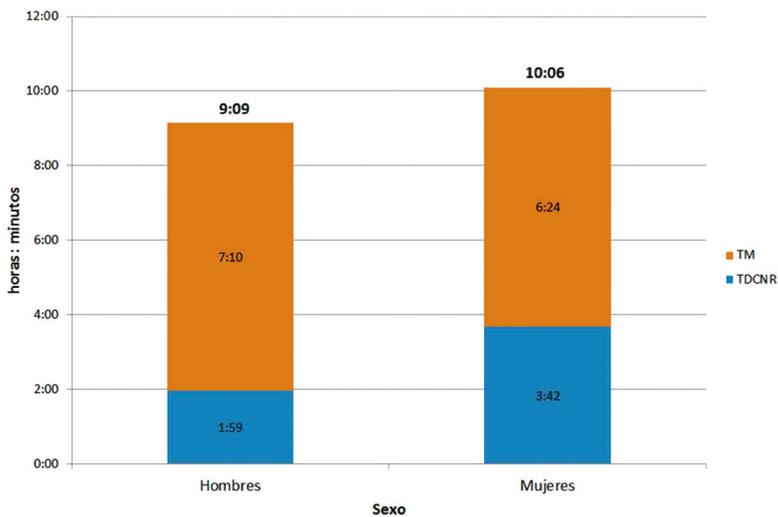


Figura 5. Tiempo total de trabajo de la población que realiza TM y TDCNR. Fuente: elaboración propia con base en DANE (ENUT 2012-2013).

Pero no solo las mujeres con doble jornada aportan grandes cantidades de trabajo doméstico y de cuidado no remunerado a la sociedad. También lo hacen las “amas de casa”. El 33% de las mujeres que reportaron realizar TDCNR tienen como actividad principal los oficios del hogar, dedicando en promedio al día seis horas y seis minutos a dicho trabajo.

Al comparar el tiempo promedio diario dedicado por las amas de casa al trabajo doméstico y de cuidado no remunerado (6 horas) con el promedio de tiempo total de trabajo diario de las mujeres residentes de Bogotá con doble jornada (10 horas, de las cuales casi 4 son destinadas al TDCNR), se observa que, si bien las amas de casa dedican más tiempo al trabajo no remunerado, las mujeres con doble jornada tienen jornadas de trabajo mucho más extensas. Esto indica que, el ‘costo’ de la autonomía económica se ha traducido en jornadas laborales desgastantes para las mujeres.

División social del trabajo doméstico y de cuidado no remunerado

Una vez obtenidos los resultados que evidencian la división sexual del TDCNR y concluido que son las mujeres las principales proveedoras del trabajo no remunerado realizado dentro de los hogares, el segundo propósito es profundizar en la división social del trabajo doméstico y de cuidado entre las mujeres residentes en Bogotá.

El nivel de ingresos, la edad, el estado civil, el nivel educativo, la situación ocupacional, la salud o enfermedad, la presencia de niños en el hogar, entre otras, fueron algunas de las fuentes de desigualdad que se tuvieron en cuenta para el análisis. Todas marcan la posición social y económica de las mujeres, lo que permitió complejizar el análisis de género en la distribución del trabajo.

Para empezar, se clasificó a las mujeres de acuerdo con el tiempo destinado al trabajo no remunerado para evidenciar que no todas soportan de la misma manera las demandas de este trabajo. La heterogeneidad en la intensidad con la que realizan el TDCNR se muestra en la Figura 6: el 47% de las residentes de Bogotá le destinó entre 1 minuto y 3 horas al día (trabajadoras TDCNR a tiempo corto), el 23% le destinó más de 6 horas al día (trabajadoras TDCNR a tiempo completo), el 16% le destinó entre 3 horas y 6 horas al día (Trabajadoras TDCNR a medio tiempo), y el 14% no realizó trabajo no remunerado.

Las que no realizan TDCNR son principalmente estudiantes, lo que permite intuir que aún viven con sus familias y que es en sus madres, abuelas, tías o hermanas sobre quienes recaen sus demandas de trabajo no remunerado.

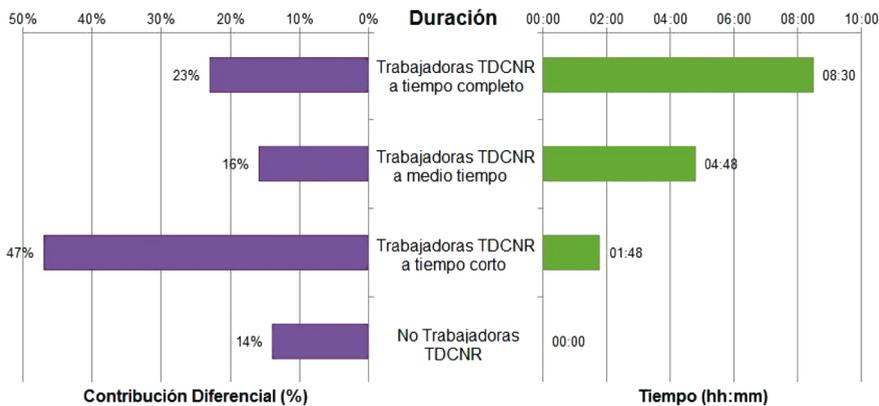


Figura 6. Mujeres que realizan y no realizan TDCNR según duración, contribución diferencial y tiempo promedio por participante diario. Fuente: elaboración propia con base en DANE (ENUT 2012-2013).

La mayoría de las mujeres son trabajadoras TDCNR a tiempo corto porque tienen otra jornada laboral que asumir en sus empleos. Existe otra proporción importante de trabajadoras TDCNR a tiempo completo, donde se podría pensar que están las “amas de casa” quienes, al no tener una doble jornada, dedican una gran parte de su tiempo al TDCNR. Finalmente, las trabajadoras TDCNR a medio tiempo, son mujeres que posiblemente tienen vinculaciones parciales al mercado de trabajo.

Pese a este diferencial en la intensidad, las mujeres residentes en Bogotá destinaron 12.053.787 horas al día al TDCNR, el 75% de las horas demandadas de trabajo no remunerado en la ciudad. Aunque este volumen de horas es similar al destinado por éstas al trabajo de mercado (PIB), aproximadamente 13 millones de horas diarias, su contribución al tiempo total de trabajo remunerado es mucho menor, tan solo del 35%. Así, aunque en agregado las mujeres destinen un tiempo similar a los trabajos remunerado y no remunerado, su contribución es minoritaria en el primero y mayoritaria en el segundo, como producto de la división sexual del trabajo.

El hecho de que en agregado las mujeres destinen la mitad de su tiempo de trabajo al TDCNR revela la existencia de una doble jornada y de las demandas de la economía del cuidado no valorada provistas por las mujeres dentro de los hogares. Aunque dicha producción no se valora económicamente, los registros de tiempo prueban la existencia permanente de una economía “invisible” que genera jornadas de trabajo equivalentes a las reconocidas socialmente asociadas al trabajo remunerado (empleo).

Ahora bien, la manera en la que se condiciona la participación y la intensidad con la que las mujeres realizan el TDCNR conforme a múltiples características socioeconómicas y demográficas se puede observar en la Figura 7.

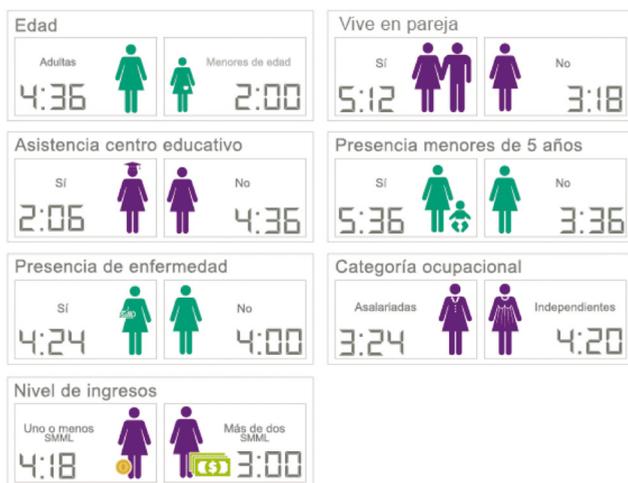


Figura 7. División social del TDCNR mujeres residentes Bogotá. Tiempo promedio diario (horas y minutos).

Fuente: elaboración propia con base en DANE (ENUT 2012-2013).

La edad es una variable determinante en la distribución del TDCNR. Existe una repartición generacional desigual en su provisión, pues las mujeres menores de edad y jóvenes son las que menos asumen este trabajo, siendo las adultas y adultas mayores las principales responsables. Las mujeres adultas reportaron la mayor participación en el TDCNR y le destinan más del doble del tiempo que las mujeres menores de edad. Al encontrarse en un rango de edad que coincide con su alta participación en el mercado laboral, se ven sometidas a dobles jornadas de trabajo. El papel activo de las adultas mayores en la provisión de este trabajo hace que sean privadas de su derecho a ser cuidadas y que sustituyan al Estado en sus funciones al soportar una fuerte carga de TDCNR.

Asistir o no a un centro educativo es una característica que marca fuertemente la dedicación de las mujeres al TDCNR. Ser estudiante se constituye como una condición de privilegio en las familias que asumen el TDCNR del que son dispensadas las estudiantes y que recae sobre otras mujeres (ocupadas o amas de casa). El acceso a la educación ha sido culturalmente valorado por las familias por la posibilidad de movilidad social que representa, lo que permite intuir que existen estrategias familiares de apoyo al estudio de sus integrantes al transferir las tareas domésticas a otras personas del hogar. Así, las mujeres no estudiantes realizan el doble de trabajo no remunerado que las estudiantes, lo que indica que esta condición elimina al menos la mitad de la carga del TDCNR en términos de tiempo.

Así mismo, y en relación con lo anterior, el nivel educativo tiene una relación inversa con la dedicación de tiempo al TDCNR. A mayor nivel educativo, la posibilidad de acceder a mayores ingresos puede impactar el tiempo dedicado al trabajo no remunerado, ya que se puede contratar. Las mujeres que tienen mayores niveles educativos realizan poco menos de la mitad de TDCNR en términos de tiempo respecto a las que tienen niveles educativos inferiores, al poder pagar a otras mujeres de otras categorías sociales por la realización de este trabajo, quienes generalmente venden su fuerza de trabajo a muy bajo precio y en condiciones precarias.

La condición de enfermedad genera un efecto contrario al esperado. Las mujeres que reportaron estar enfermas dedican en promedio al día 24 minutos más de TDCNR que las sanas. Esta condición ‘inhabilita’ socialmente a las mujeres para desempeñar algún empleo, pero no para el trabajo no remunerado, el cual muchas veces no se reconoce como un trabajo sino como un “deber familiar”. Así, para este caso, al igual que para el de las mujeres adultas mayores, existe una discriminación por no ser mujeres tipo ideal-trabajador, que se traduce en recargas de trabajo doméstico y de cuidado no remunerado. Sirven de soporte para la provisión de este trabajo, lo que se contempla como un caso en el que personas que deberían ser receptoras de cuidado brindan TDCNR a los demás.

En relación con el estado civil, las mujeres que viven en pareja efectúan dos horas más de TDCNR que las que no. El hecho de vivir en pareja marca un aumento

considerable en términos del tiempo dedicado al trabajo no remunerado, lo que permite inferir que una de las causas de la sobrecarga de trabajo que asumen las mujeres proviene de actividades cuyo receptor no es una persona ‘dependiente’, y en ese sentido, podría también realizarlas.

Otro factor que evidencia la desigual distribución del TDCNR entre los miembros de la familia es la presencia de niños-as menores de cinco años. Las mujeres pertenecientes a hogares donde hay presencia de niños-as soportan una carga de trabajo no remunerado de dos horas más que las que no. La presencia de personas ‘dependientes’ en el hogar exige mayor trabajo directo e indirecto, al ser este último una precondition para que el primero ocurra. Según el DANE (2017), tan solo el 36% de los niños-as menores de 5 años asisten a un hogar comunitario, guardería, jardín, centro de desarrollo infantil o colegio, lo que evidencia la existencia de una oferta pública limitada o de deficiente calidad que termina trasladando el cuidado de estos a los hogares, y principalmente a las mujeres.

Por último, es claro el impacto que ejerce la carga de TDCNR sobre el desempeño de las mujeres en el mercado laboral. Para el caso de las mujeres con doble jornada, a medida que aumenta el tiempo dedicado al trabajo no remunerado, disminuye la disponibilidad de tiempo para el trabajo remunerado. El trabajo doméstico y de cuidado se convierte así en un obstáculo para encontrar trabajos estables, con jornadas laborales completas, que comúnmente se relacionan con los trabajos más formales.

Así, el TDCNR afecta el tránsito de las mujeres hacia el mercado laboral y su desempeño, generando una permanente desigualdad que se expresa de diversas maneras: por un lado, el análisis de la posición ocupacional muestra que mujeres independientes realizan una hora más de trabajo no remunerado en promedio al día que las asalariadas.

Por otro, tal y como lo muestra la Tabla 4, el 73% de las mujeres que realizó TDCNR se ubicó en sectores económicos con mayores grados de informalidad, empleos precarios y sin acceso a seguridad social, lo que genera un círculo vicioso, porque al estar por fuera de la frontera de la formalidad, tampoco pueden vincular a sus familias a servicios de protección social que finalmente terminan prestando ellas mismas a través del TDCNR dentro del hogar. Se configura así una explotación “adentro y afuera” cargada de largas jornadas laborales sin reconocimiento económico de su trabajo (adentro) ni acceso a derechos laborales (afuera).

Tabla 4. Mujeres que realizan TDCNR según sector económico y número de personas de la empresa donde trabajan. Contribución diferencial y tiempo promedio por participante diario.

	Rama de actividad económica		Número de personas de la empresa donde trabaja		
	Formal	Informal	Sola	De 2 a 50 personas	Más de 50 personas
Número de personas	398.378	1.053.768	417.944	566.503	475.430
Contribución diferencial (%)	27%	73%	29%	39%	33%
Tiempo hh:mm	3:24	3:48	4:30	3:30	3:06

Fuente: elaboración propia con base en DANE (ENUT 2012-2013).

Otro indicador en el mismo sentido es el número de personas de la empresa en la que trabajan las mujeres. Quienes trabajan solas destinan una hora y media más al trabajo no remunerado que aquellas que se ubican en empresas con más de 50 empleados-as. A medida que crece el tamaño de la empresa, las mujeres dedican menos tiempo al TDCNR y más tiempo al TM. Empresas de mayor tamaño generalmente se asocian con empleos más formales, que restringen la disponibilidad para el TDCNR y a la vez abren oportunidades de pagarlo. En sentido contrario, las altas cargas de TDCNR restringen la entrada a trabajos de mercado más formales, por lo que sostener dicha carga muchas veces significa acceder a trabajos de mercado con menos ventajas, sin derechos laborales, mal remunerados e inestables.

Los resultados arrojan que muchas de las mujeres que trabajan solas posiblemente lo hacen desde su propia vivienda, lo que facilita que puedan atender todas las demandas del TDCNR. Seguramente, son mujeres que se mueven en el sector informal de la economía y como independientes.

Para finalizar, se encontró una relación inversa entre ingresos y horas de trabajo no remunerado (Figura 8). Esto pone al desnudo la relación existente entre desigualdad de género e ingresos, pues el TDCNR aportado por las mujeres con trabajo gratuito es, hasta cierto punto, una estrategia de los hogares para enfrentar la desigualdad de ingresos. Así, la escasez de oferta pública de servicios de protección social profundiza la desigualdad de ingresos, porque quienes pueden sustituir el TDCNR en el mercado son únicamente quienes tienen el poder adquisitivo para hacerlo.

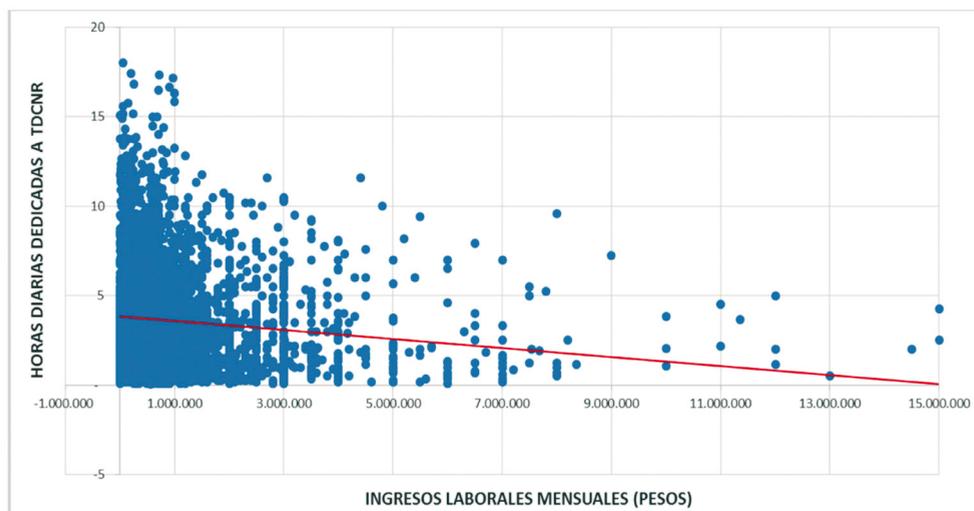


Figura 8. Ingresos laborales mujeres ocupadas vs. Tiempo dedicado al TDCNR. Fuente: elaboración propia con base en DANE (ENUT 2012-2013).

Las mujeres de mayores ingresos realizan una hora y 18 minutos menos de trabajo doméstico y de cuidado no remunerado que las de menores ingresos (como se observa en la Figura 7). A medida que se adquiere mayor poder adquisitivo se abandona el TDCNR, se sustituye y se descarga en otras mujeres. El poder adquisitivo permite eludir o reducir la doble jornada. Esto da muestra de que el género no define identidades homogéneas. Es una posición en una relación de dominación que se entrecruza con otras fuentes de desigualdad.

Sin embargo, como lo muestra la Figura 9, hay una excepción: las tareas del hogar no remuneradas menos subvaloradas (trabajo 'noble') son realizadas por todas las mujeres con la misma intensidad independientemente de su posición social (destinan 1 hora y 42 minutos en promedio al día). Cabe destacar que las mujeres con mayores ingresos presentan un comportamiento muy parecido al de los hombres, al participar en mayor proporción y tiempo en las tareas más 'nobles' del hogar. Ellas y ellos se ocupan de aquellas tareas donde mantienen cierta posición de poder, por ejemplo, la supervisión del trabajo doméstico o el manejo del dinero, descargando el trabajo más intenso y menos valorado en otras mujeres.

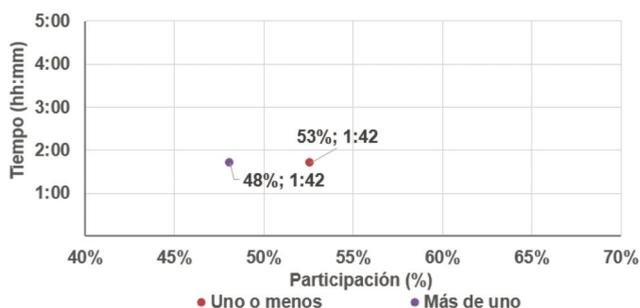


Figura 9. Mujeres que realizan trabajo “noble” y trabajo de mercado según rangos de ingresos (SMLMV), tasa de participación y tiempo promedio por participante diario. Fuente: elaboración propia con base en DANE (ENUT 2012-2013).

CONCLUSIONES

Los resultados muestran que la división sexual del trabajo se ha reconfigurado: tanto hombres como mujeres asumen trabajos remunerados y no remunerados. Sin embargo, esto se ha dado con grandes limitaciones, pues aunque el trabajo de mercado se ha ‘democratizado’ y las mujeres han alcanzado altos niveles de participación, todavía no ocurre lo mismo con el trabajo no remunerado en los hogares, donde aún es mayoritaria la participación de las mujeres.

El trabajo no remunerado ha recaído principalmente sobre las mujeres, aunque de diversas maneras e intensidades. Evaluar las divisiones sociales y sexuales del trabajo en nuestra sociedad constituye una tarea imprescindible para desnaturalizar las estructuras de dominación construidas a través de la diferencia sexual. Parte de las actividades del trabajo realizado en los hogares corresponde a las funciones de todo Estado Social de Derecho, pero, ante la ausencia de oferta pública de bienes y servicios de la economía del cuidado, son asumidas por las mujeres. Ser las principales responsables de este trabajo les representa costos muy altos: dobles jornadas, trabajos informales, restricción de educación y bajos niveles de ingresos, que se traducen en pobreza de tiempo y desigual desempeño respecto a los hombres en otros campos de interacción social.

Focalizar estos análisis resulta un ejercicio importante para la formulación de políticas públicas que busquen redistribuir la provisión del TDCNR entre los diferentes actores de la sociedad (Estado, empresas y hogares) y dentro de los hogares con formas de organización familiares más democráticas, solidarias e interdependientes.

Una organización social del cuidado más equitativa requiere avanzar hacia la *desfamiliarización* de la provisión de bienestar, de modo que el Estado asuma su papel regulador y redistributivo, orientado a equilibrar mejor las cargas entre los diversos actores y a aumentar la provisión de bienes y servicios del cuidado vía gasto público social, como agente activo en la economía que ayude a disminuir las brechas sociales.

REFERENCIAS

- Arenas, A.I. (2016). *El cuidado desde la perspectiva de la economía feminista: tendencias de las políticas asociadas al cuidado. Encuentro interuniversitario sobre estudios del cuidado de niños, niñas y adolescentes en los hogares*. [Documento Inédito].
- Arango, L.G. y Molinier, P. (2011). El cuidado como ética y como trabajo. En L.G. Arango. y P. Molinier. (Eds.), *El trabajo y la ética del cuidado* (pp. 15-21). Medellín, Colombia: La Carreta Social.
- Carrasco, C. (2005). La paradoja del cuidado: necesario pero invisible. *Revista de Economía Crítica*, 5.
- Departamento Administrativo Nacional de Estadística –DANE–. (2013). *Cuenta Satélite de la economía del cuidado. Fase 1: valoración económica del trabajo doméstico y de cuidados no remunerado*. Bogotá, Colombia: DANE.
- Departamento Administrativo Nacional de Estadística –DANE–. (2015). *Matriz de Trabajo 2013p, Dirección de Síntesis y Cuentas Nacionales, Boletín Técnico*. Bogotá, Colombia: DANE.
- Departamento Administrativo Nacional de Estadística –DANE–. (2017). *Encuesta Nacional de Calidad de Vida -ECV- 2016*. Recuperado de <http://www.dane.gov.co/index.php/estadisticas-por-tema/salud/calidad-de-vida-ecv/encuesta-nacional-de-calidad-de-vida-ecv-2016>
- Esquivel, V. (2013). *El cuidado en los hogares y en las comunidades*. [Documento Inédito].
- García, D. y Salamanca, R.E. (2012). *¿Por qué lo económico es vital y lo vital no es importante?* Bogotá, Colombia: Red Latinoamericana sobre deuda, desarrollo y derechos.
- Kabeer, N. (2006). *Lugar preponderante del género en la erradicación de la pobreza y las metas del desarrollo del milenio*. Ciudad de México, México: Centro Internacional de Investigaciones para el Desarrollo.
- Legarreta, M. (2011). El tiempo donado en el ámbito doméstico. Reflexiones para el análisis del trabajo doméstico y los cuidados. En L.G. Arango. y P. Molinier. (Eds.), *El trabajo y la ética del cuidado* (pp. 113-131). Medellín, Colombia: La Carreta Social.
- Molinier, P. (2011). Antes que todo, el cuidado es un trabajo. En L.G. Arango y P. Molinier. (Eds.), *El trabajo y la ética del cuidado* (pp. 45-63). Medellín, Colombia: La Carreta Social.
- Moreno, N. (2015). *Política fiscal y género: que no se descargue la crisis sobre las mujeres*. Bogotá, Colombia: Justicia Tributaria en Colombia.
- ONU Mujeres (2012). *La economía feminista desde América Latina. Una hoja de ruta sobre los debates actuales en la región*. Recuperado de <http://www.redetis.iipe.unesco.org/wp-content/uploads/2013/07/Economia-feminista-desde-america-latina-1.pdf>

- Rodríguez, C. (2015). Economía feminista y economía del cuidado. Aportes conceptuales para el estudio de la desigualdad. *Revista Nueva Sociedad*, 25.
- Salvador, S. (2007). *Estudio comparativo de la "economía del cuidado" en Argentina, Brasil, Chile, Colombia, México y Uruguay*. Recuperado de <http://www.bdigital.unal.edu.co/45571/1/comercio%C3%A9neroyequidad.pdf>
- Wayne, D. (2002). *Bioestadística: Base para el análisis de las ciencias de la salud*. Ciudad de México, México. Editorial Limusa.